

## CAPITULO XIV

### LA REBELION DE LUTERO

En el camino de Augsburgo á Nuremberg recibió Lutero la bula del Papa, que condenaba su doctrina, sin mentar siquiera su persona. Siempre que Lutero se movía por algún sentimiento de ternura, entregábase rendido hasta la humillación; y siempre que se movía por un sentimiento de lucha, levantábase soberbio hasta la rebeldía. Todas las lágrimas, que le habían hecho verter las dulces palabras de Staupitz, trocáronse en plomo derretido á la lectura de las reconvenciones de Leon X. Su indignación profundísima no tuvo tasa, y se explayó en malsonantes palabras; triste achaque de aquellos hombres y de aquellos siglos. La dificultad, sin embargo, tenía tanta importancia que Roma diputó un nuevo Nuncio, para entenderse y conciliarse con Lutero. En estas largas controversias, en estos largos tratos, en el difícil asunto de estas inteligencias, hubo una víctima, y la víctima fué el célebre fraile predicador de las indulgencias, el nunca olvidado Tetzel, quien solía entrar por las ciudades, recorriendo en triunfo las calles y las plazas, al son de las campanas y de las músicas, y ofreciendo en plata el cielo á quien comprase sus cédulas de indulgencias. Los potentados del mundo no podían comprender cómo su doctrina causaba tantos estragos; y atribuían á exageraciones mayores ó menores de la forma, lo que estaba virtualmente en el fondo mismo de la esencia. Por muchas hipérbolos que empleara Tetzel, por muchas exageraciones que dijera, siquier llegase en sus aforismos hasta la blasfemia, como dicen la mayor parte de los escritores protestantes, nada tan grave como expedir un pasaporte para

la gloria pagado con los míseros maravedises de la tierra. Así la primer conversación del nuevo Nuncio con el empedernido revolucionario, giraba sobre el asunto de las indulgencias, que le servía al uno para excusar los arrebatos exaltados y al otro para excusar las debilidades pontificias. Lutero aseguraba en conciencia que Tetzel había prometido á los fieles cambiarles en plata sus montañas, si le llevaban oro para comprar las indulgencias. Miltitz, que así se llamaba el Nuncio, mas bien que argumentos, exponía dulces atenuaciones para excusar tanto la doctrina de la Iglesia como el proceder de los Papas.

La debilidad, la peor de las cualidades en el gobierno, aquejaba de continuo á la romana Curia. Ya se había mostrado el representante primero de Leon X conciliador hasta el desmayo; ahora se presentaba el segundo mucho mas inclinado aun á la conciliación que el primero y mucho mas herido y asombrado de las grandes cualidades que exaltaban al reformador protestante. Creyó encontrar en este un viejo teólogo, encanecido en el estudio; y se encontraba con un jóven, dispuesto á batallar y contento de vivir. Bien es verdad que Miltitz, segun él mismo confesaba y decía, encontrábase por todas partes en la misma Italia con gentes enemigas del Pontificado. En las posadas italianas, preguntábanle sus compañeros de viaje, cuando les solía hablar de la Sede romana, si era de tabla ó piedra, olvidando sin duda que estaba sostenida sobre las dos alas del Espíritu Santo. Así, todo lo que tuvo la primer entrevista con Cayetano de solemne y augusta, tuvo de risueña y de superficial la entrevista con Miltitz. Comieron juntos, charlaron de largo, escanciáronse sendas copas de cerveza, rieron á una los dos de la inocencia del legado, repitieron frecuentemente sus festines, rociaron la buena carne con buen vino; y no se dieron cuidado alguno por todo cuanto pasaba en tan supremo instante, en que las ideas de Lutero culebreaban por los aires como relámpagos y la resistencia de Roma traía una lucha que iba bien pronto con sus cruentísimos empeños á ensangrentar á la tierra y á entristecer á la historia. Al término de la entrevista, resultó una suspensión de hostilidades por parte de Lutero, una carta humilde de este al Papa romano; una invitación tambien suya al pueblo alemán para que perseverara en la obediencia á la Iglesia; una remisión de todos los escritos del revolucionario al juicio superior y so-

berano del obispo de Salzburgo. Tras esto, y por consejos del elector, sobrevienen nuevas manifestaciones de adhesión al Papa y nuevas muestras de humildad y arrepentimiento. Jamás la hipérbole ha llegado tan lejos ni jamás el estilo oriental ha revestido una forma más germánica. Incienso de alabanzas sube hasta el trono de Roma; y continuas humillaciones maceran como un cilicio la soberbia del monje. La Sede pontificia resulta en estos escritos una fuente de verdad, el Papa un padre lleno de caridad y de amor, la Iglesia católica una mística nave en la cual van como embarcadas numerosas legiones de almas á la gloria. En estos minutos de abatimiento, Miltitz aparece en los escritos de Lutero como un gran negociador y como un gran eclesiástico, sobre todo, como un hombre de bien. Pero á los pocos momentos la ovejilla que alzaba sus balidos á las paternales orejas del Santo Padre, ruge como el león calenturiento; y Miltitz es un farsante, un embustero, que al despedirse, le ha dado un beso, beso de Judas, y ha vertido una lágrima, lágrima de cocodrilo, empujando el codo á la manera sajona, bebiendo á torrentes la cerveza de Eimbeck, armado de setenta breves apostólicos, todos ellos dirigidos á prenderle y conducirlo cautivo á la homicida Jerusalem y á la purpurada Babilonia que se denomina Roma. Mientras Lutero combatía de esta suerte dentro de sí mismo, por innumerables dudas y por grandes incertidumbres desgarrado, sus ideas propias pasaban á las inteligencias ajenas y las convertían á una fe que no estaba ya en manos del monje ni detener ni templar. Y la gran nación germánica, donde espontáneamente nacen las tribus invasoras del mundo latino; aquella nación, que abortó los cimbrios y teutones, cuyas frentes se elevaban sobre las enseñas romanas en los campos pútridos; aquella nación que lanzó los expugnadores de la Ciudad Eterna con sus espadas que cortaban gente romana cual corta espigas la hoz del segador; aquella nación, que hizo de sus Emperadores otros tantos rivales de los Papas, recogía las palabras de Lutero y las elevaba como á fórmulas de su propia historia y como á testamento de las pasadas generaciones. Y mientras tanto, el hombre, que alimentaba todo este fuego, presentaba á los ojos del elector, su soberano, la sotana raída, y le pedía nueva vestimenta; y como el elector escribiera mucho y enviara poco, decíale el revolucionario: «Vuestras palabras tienen mucho hilo; mas no puede tejerse con ellas ninguna tela.»

Después de esto, comienzan naturalmente las disputas teológicas; y salen al campo los batalladores, en guisa de aquellos campeones de la Edad media, los cuales, en su deseo de pelear, retaban á combate, y á combate singularísimo, á cualquier animoso caballero. En efecto, el escándalo, promovido por las tesis luteranas, tomaba proporciones tales que cualquier teólogo creyente podía ganar gloria y provecho conteniendo en pro de las ideas ortodoxas y tradicionalistas. Apareció, pues, como siempre que se siente una gran necesidad social, á satisfacerla, el célebre Eck, proponiendo á uno de los discípulos más exaltados de Lutero, á Carlstadt, profunda controversia. Lutero, emplazado en la persona de su discípulo, se levantó, como solía, con soberbia; y arremetió al enemigo con furor. Cortesano vergonzoso del Papa, le llamó, ducho en toda suerte de truhanerías, escritor de figuras sin figura, á quien iba á obligar á que se frotase las narices en los talones de sus enemigos, conocedores del énfasis de su estilo, del veneno de sus ultrajes, del chirrido de sus incómodas palabras, semejantes al zumbar de las moscas, de la indecencia de sus propósitos, de los apetitos de ruido y vanagloria, de las proposiciones fraudulentas y anti-humanas y anti-teológicas, de sus mentidas victorias bávaras, de la mucha bilis que tenía en el estómago y del poco seso que tenía en la mollera. ¿Quiénes eran, por fin, estos dos contendientes?

Eck es el caballero andante de la teología católica. Donde quiera hubiese un empeño que sostener, una tesis que controvertir, un argumento que lanzar, allí se presentaba él, armado de punta en blanco, circuido de sus discípulos que le servían de escuderos, cabalgando en la doctrina aristotélica y esgrimiendo el entimema, el epiquerema, el silogismo, toda la antigua armería escolástica acerada en sus exaltadísimas pasiones. Podía bien este hombre habérselas con Lutero. También él aborrecía de muerte á sus enemigos y amaba con delirio á sus amigos; también él encendía y caldeaba sus ideas en el fuego de su corazón; también él llevaba la ironía hasta el sarcasmo y la contradicción hasta la calumnia; también él hablaba como un orador y gesticulaba como un comediante; también él tenía variedad de estilo, riqueza de ciencia, pulmones de Titan, erudición digna de los primeros eruditos italianos; también él había publicado libros sobre la ética aristotélica, sobre la predestinación divina, sobre la teología mística, sobre el sacramento eucarístico, so-

bre el decálogo mosaico, sobre el salmo vigésimo, sobre las profecías de Malaquías, sobre la primacía de San Pedro, sobre la penitencia, sobre la misa, sobre el sacramento del orden y sobre los iconoclastas; demostrando con toda esta rica abundancia de asuntos, que no había con las ciencias teológicas materia bastante á llenar su vasto entendimiento y á satisfacer sus multiplicadas ambiciones. El retado, Carlstadt, era uno de estos hombres, vanidosos de complexion, ligeros de ánimo, inciertos de ideas, mas retóricos que oradores, amantes del ruido y no de la verdad, dispuestos á mantener siempre despierta la pública atencion, y que batallan por complacer á sus espectadores mas que por servir á sus ideas.

Encontráronse en Leipzick estos dos contendientes. Aunque Lutero habia llamado á Eck en su aristofanesco lenguaje, sofista, charlatan, buey, asno y gran comedor de paja, comprendió que podia dejar maltrecho á su correligionario Carlstadt, y tuvo que ir á sostenerlo y auxiliarlo. Bien es verdad que recibió del adversario de sus doctrinas audaz cartel de desafío, en el cual se le anunciaba el duelo y se le decia la imposibilidad de rehusar en él todas las responsabilidades necesarias, cuando aparecia el contendiente como un sectario y Lutero como jefe y cabeza de la secta. El asunto, sobre que debía versar la disputa, era la trasmision espiritual de la autoridad de Cristo á Pedro, y de la autoridad de Pedro á sus no interrumpidos sucesores. Grave asunto; primero, porque, siquier resonase en son de disputa, llenaba el mundo con ardiente lucha sobre la naturaleza y la legitimidad del poder pontificio; y despues, porque, colocada la cuestion teológica en esa tésis suprema, ó Lutero tenia que negar la trasmision espiritual á los sucesores de Pedro, en cuyo caso salía fuera de la Iglesia, á lo cual se negaba en aquel instante, ó tenia que concederla, en cuyo caso apagaba con su propio soplo la corona de ideas que lucía sobre sus sienes y la corona de gloria que le preparaba su entusiasmada patria. Mas, renunciar en aquel tiempo á escolástica disputa, equivalía ciertamente á huir de un ejército en campaña; y Lutero entra en Leipzick, como antiguo general victorioso en Roma, con pompa y cortejo, entre sus dos admiradores Carlstadt y Melancton, sobre carro militar sentado, asistido de tres licenciados y dos doctores, puesto al frente de un ejército de catedráticos, estudiantes, heresiarcas, dispuestos todos á contender á su lado y á

morir por su causa. El obispo de la diócesis prohibió la disputa por miedo á sus consecuencias; y el duque de la ciudad la autorizó por amor á las grandes emociones. Setenta y seis arqueros guardaban el palacio, donde aquellas justas debian celebrarse; vasto salon, cubierto de tapices, servíale de necesario espacio; sendas cátedras ocupaban los dos puntos extremos del salon y tenian dos Santos batalladores, San Martin y San Jorge; ordenanzas semejantes á una constitucion, señalaban el curso que debian seguir los debates y hasta los tribunales que sobre ellos iban á decidir en última apelacion y soberanamente. A las seis de la mañana del dia 27 de junio de 1519, reuníanse los campeones en el colegio de los príncipes; y de allí marchaban precedidos de una vistosa procesion, á la iglesia de Santo Tomás, para pedir su asistencia y su auxilio al Espíritu Santo. Vueltos al sitio de donde salieron, el presidente Pedro Moselano, como buen profesor de retórica, pronunció correcto y estudiado discurso, conjurando á los argumentadores á evitar los debates ociosos y á proponerse por único fin el encuentro y propagacion de la verdad. Concluido este discurso, una gran orquesta, digna de la música Alemania, una orquesta, con todos los instrumentos que permitia el estado del arte á principios del siglo décimosexto, entonó suave sinfonía llena de melodiosos motivos, á la cual se unieron, en formidable coro, todos los asistentes, alzando los ojos y los brazos al cielo, en demanda de su iluminacion y de sus revelaciones, por medio del sublime himno, que se conoce con el nombre de *Veni Sancte Spiritus*, á cuyas cadencias parecia como que se abrieran los senos del cielo y enviaran sobre la tierra la lluvia luminosa de las ideas creadoras y las lenguas de fuego del divino espíritu.

La contienda se empeñó primero entre Eck y Carlstadt, teniendo por asunto aquel en que la doctrina luterana resulta mas infundada y menos racional, á saber, la predestinacion y la gracia. Si á esto se añade que el defensor del sentir de Lutero estaba, por su complexion moral, aquejado de exaltado apasionamiento y falta de severa superioridad en su juicio, veráse con facilidad cómo habia de exagerar su causa, y de malograrla y de perderla en estas exageraciones. Poco á poco, el discípulo iba deduciendo las consecuencias últimas de las doctrinas del maestro, y por tanto, dejando al hombre reducido á una mera máquina semejante al mas mísero y mas esclavo de los